

TEMPLO HERMANA TERESA

“Los Momentos”

12/04/2025

“Los Momentos”

Queridos hermanos y hermanas En esta Ceremonia de hoy queremos compartir con ustedes una reflexión que surge de una frase que Carlos no compartió y que dice:

“Recuerda, la vida es una colección de momentos, no de cosas.”

La vida es fugaz, un suspiro en la inmensidad del tiempo. A menudo, el ser humano se pierde en la búsqueda de lo material, creyendo que la felicidad se encuentra en lo tangible, en lo acumulado, en lo que se puede tocar. Sin embargo, cuando miramos hacia atrás, cuando repasamos nuestra existencia, nos damos cuenta de que lo que verdaderamente permanece en nosotros no son las cosas que poseemos, sino los momentos que hemos vivido.

Desde la Fe, la vida se nos presenta como un camino en el que lo esencial no se mide en riquezas materiales, sino en experiencias, en los encuentros con los demás y en el amor con el que hemos compartido nuestro tiempo. Cada instante que hemos vivido con gratitud, con entrega y con propósito, se convierte en un tesoro eterno que nos enriquece de una manera que ninguna posesión terrenal puede igualar.

Si observamos la vida con los ojos de la Fe, entenderemos que los momentos son el reflejo de la gracia divina. Dios no nos mide por lo que tenemos, sino por lo que damos, por la forma en que vivimos cada día y cómo tocamos la vida de los demás. El amor, la compasión, la entrega y la esperanza no pueden guardarse en un baúl ni acumularse en cuentas bancarias. Son regalos que se multiplican en el dar y que trascienden el tiempo.

Recordemos que cuando dejamos este mundo, no nos llevamos nada material. Lo único que permanece es lo que hemos sembrado en el alma de otros. Cada palabra de aliento que brindamos, cada abrazo sincero, cada acto de bondad y cada oración compartida forman parte del verdadero legado que dejamos.

El mundo moderno nos empuja constantemente a creer que el valor de una persona está en lo que posee. Nos venden la idea de que tener más nos hará felices, que el éxito se mide en bienes, en títulos y en el reconocimiento social. Pero cuando enfrentamos los momentos más cruciales de la vida, como una enfermedad, una pérdida o una dificultad, nos damos cuenta de que las cosas no pueden brindarnos consuelo. Es en esos momentos cuando la Fe se convierte en el refugio más seguro, y los recuerdos, las vivencias compartidas y el amor entregado cobran un significado profundo.

La vida nos enseña que la acumulación de bienes no llena el vacío del alma. Lo que verdaderamente nos nutre son las conexiones genuinas, las sonrisas compartidas, las palabras de aliento y la certeza de que hemos amado y sido amados.

Para ilustrar este mensaje, compartamos la historia de Andrés, un hombre que dedicó su vida a trabajar arduamente para construir una fortuna. Desde joven, su meta era acumular riquezas para asegurarse un futuro sin preocupaciones. Con el paso de los años, logró comprar propiedades, autos lujosos y rodearse de comodidades. Pero en su afán por asegurar su bienestar, dejó de lado lo más importante: el tiempo con su familia, las amistades verdaderas y la conexión con Dios.

Un día, Andrés recibió una noticia inesperada: una enfermedad grave amenazaba su vida. De repente, todo lo que había

acumulado perdió su valor. Sus bienes no podían darle la salud que tanto anhelaba, ni comprar el amor que había descuidado. Fue entonces cuando, en su angustia, recordó las palabras de su abuela, una mujer de Fe inquebrantable: "Hijo, la vida no se mide en lo que tienes, sino en los momentos que vives con amor y con Dios en el alma."

En su búsqueda de consuelo, Andrés comenzó a valorar lo que antes había ignorado. Llamó a su familia, pidió perdón por su ausencia y se reconcilió con aquellos a quienes había dejado atrás. Redescubrió la paz en la oración, en el tiempo compartido con los seres queridos y en los pequeños momentos que antes le parecían insignificantes. Su enfermedad no desapareció, pero su alma sí cambió. Y cuando llegó el momento de partir, lo hizo en paz, sabiendo que finalmente había encontrado lo que verdaderamente importa: el amor, la Fe y la entrega.

Si queremos vivir plenamente y en consonancia con la Fe, deberíamos aprender a valorar cada instante como un regalo divino y tal vez algunas de esas maneras de hacerlo incluyen:

Apreciar lo simple: Un amanecer, una conversación sincera, una risa compartida. Hermanos y hermanas, lo más hermoso de la vida no cuesta dinero.

Priorizar las relaciones: No dejemos para mañana el tiempo con nuestros seres queridos. Un día, ese mañana no llegará.

Servir a los demás: Ayudar a otros, dar sin esperar recibir, amar sin condiciones. Quizás en el servicio encontramos el sentido más profundo de nuestra existencia.

Vivir con gratitud: Agradecer por cada día, por cada oportunidad, por cada persona que se cruza en nuestro camino. La gratitud transforma la manera en que vemos la vida.

Fortalecer nuestra relación con Dios: La Fe nos da la perspectiva correcta sobre lo que realmente importa. Nos recuerda que no estamos aquí para acumular, sino para compartir y amar.

Para concluir hermanos y hermanas, al final de nuestra vida, cuando miremos hacia atrás, nos daremos cuenta de que los bienes materiales fueron solo pasajeros. Lo que realmente permanecerá será el amor que dimos, las risas que compartimos, los abrazos que dimos, la Fe con la que caminamos.

No se trata de cuántas cosas hemos tenido, sino de cuántos momentos hemos vivido con propósito y amor. Porque la verdadera riqueza no está en lo que poseemos, sino en lo que llevamos en el alma.

La Hermana Teresa nos pide hoy que recordemos siempre: la vida es una colección de momentos, no de cosas. Y en cada momento vivido con amor, con entrega y con Dios en nuestra alma, encontramos el verdadero sentido de nuestra existencia.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María.